

Mártires riojanos: semillas del Evangelio en tierra adentro*

El Papa Francisco, en abril de 2019, proclamó la beatificación de Enrique Angelelli – obispo de La Rioja–, Carlos de Dios Murias y Gabriel Longueville –sacerdotes–, y Wenceslao Pedernera, padre de familia y catequista, asesinados los cuatro por la mano del terrorismo de Estado en 1976. En este marco, se llevó a cabo en la sede la UCA Rosario el día 24 de junio de 2019 una actividad conjunta con el Arzobispado de Rosario, la Pastoral Social, el Instituto para la Integración del Saber y la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario. El objetivo de la misma fue rescatar de la memoria de estos mártires a través del relato de testigos de sus vidas.

El encuentro contó con los testimonios en primera persona de fray Luis Cossia, franciscano capuchino, quien trabajó en la Parroquia de Olta durante la etapa en la que Angelelli ocupó la sede episcopal de La Rioja; Pbro. Miguel Ángel La Civita, actual párroco de Villa Eloísa, quien fuera por los años 70 seminarista en La Rioja; Mari Révora, docente y madre de familia, comprometida con el Movimiento Rural de la Acción Católica, quien conoció personalmente a Wenceslao Pedernera; y monseñor Roberto Queirolo, quien conoció profundamente el estilo pastoral de la diócesis riojana en tiempos de Angelelli.

La siguiente es la transcripción literal de los recuerdos y testimonios que compartieron ante un nutrido auditorio.

Luis Cossia: “Buenas noches, falta llegar Roberto (Queirolo) y faltarían, pero están presentes espiritualmente el Padre Amiratti (aplausos) y Henri Raulini (aplausos). Coincidimos los cinco en tener la gracia de la experiencia pastoral junto a Enrique Angelelli. Por supuesto, él parece más joven (lo señala a La Civita) pero fue más beneficiado, tenía que comenzar él, por ser mayor (risas). Veo que la propuesta está centralizada en su calidad de testigos, mártires, del Concilio Vaticano II. Creo que está bien decir que son mártires del Concilio Vaticano II, como también decir que son mártires del Evangelio. Cuando se habla en la Iglesia del mártir se

* La transcripción fue realizada por Nora Arrighi. Instituto de Historia – Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario - noraarrighi@gmail.com. La revisión técnica fue realizada por María Florencia Antequera. CONICET – IDEHESI – NODO IH - UCA - mfantequera@hotmail.com

lo categoriza de esta manera, el Evangelio es de todos los tiempos y de todas las personas cristianas, pero en este caso, es traducido al presente por el Vaticano II. Según los tiempos, el Espíritu habla y... nos trae a Roberto Queirolo (aplausos porque ingresa al auditorio). [...] Espiritualmente, está Amiratti y Raulini, somos todos de esta arquidiócesis y es lindo poder dar testimonio entonces. El Concilio Vaticano II fue un gran momento, excepcional, como todos sabemos, de la historia de la Iglesia. Por lo menos, así lo vivimos: era un momento de la historia, pero también de la historia eclesial, donde estábamos como asfixiados, dormidos, empantanados. Incluso desde mi concepción recuerdo varias cosas. Una para decirles mi edad: nací cuando todavía *reinaba* el papa Pío XI (riendo), después vino Pío XII en el 34. En aquel tiempo, teníamos la idea general de que no existían muchos cambios en el mundo y en la historia: estudiábamos dos grandes cambios, el descubrimiento de la rueda y de la imprenta. Parecía que todo estaba acabado ya, era una conciencia común esa. Tenías que ser muy crítico para pensar de jovencito que era posible un cambio tan profundo. Para los que nacimos en ese tiempo, el papa Pío XII era figura muy especial, muy hierática, con todas sus costumbres como eclesial y luego como papa, tan reservado. La figura de aquella estampita arrodillada con las manos juntas y, si Uds. ven esa foto, siempre con el dedo pulgar derecho y el izquierdocruzados, porque así había que juntar las manos. Ese papa extraordinario que escribía cuatro o cinco discursos por día, y los sabía de memoria, sin fallar. [...] Nada cambiaba y Dios era el Dios que nos enseñaba el papa. Creo que había un poco de asfixia. Menos mal que Juan XXIII pudo decir en palabras lo que inconsciente o conscientemente sentíamos: la necesidad de aire nuevo.

Recuerdo, lo digo también como testimonio, que llegué a Roma en el 58, a fines de septiembre o primeros días de octubre. [Durante] la travesía en barco, moría Pío XII. Al llegar a destino, al día siguiente, era la última jornada de los funerales del papa. De manera que fui a presenciarlos. Después de unos meses, ya se hablaba en las universidades de Roma de un concilio. Los grandes profesores decían que era lo más impensable en ese momento de la historia. No era el momento propicio. Recuerdo con sorpresa porque vi al papa Juan cuando salió al balcón aquella noche casi lluviosa, después de tres días, y entre otras cosas él dijo: ‘Sono bruto, ma simpático’. Se secaba el sudor con la manga del alba y jugaba con el anillo pastoral. Ese hombre, ya de verlo, era como un anuncio, una profecía de la presencia del Espíritu renovador de Dios. Fue como una cortina inmensa, infinita, que cae y nos hace ver un rostro nuevo. A los pocos días, un domingo, escuchábamos por radio su Misa, en Roma y dijo: ‘Se me ocurrió convocar a un concilio’. Yo me preguntaba cómo se animaba y recordaba a esos

profesores tan serios, jesuitas y dominicos, que decían que no se podía. Y apareció la fuerza de ese concilio.

Me pareció importante ahora hablar del Concilio Vaticano II y Angelelli, porque los tres mártires que lo acompañaron fueron orientados por él. Angelelli fue ordenado obispo auxiliar de Córdoba en el año 1961, tenía 38 años, era muy joven. En 1968, el 24 de agosto, toma posesión de la diócesis de La Rioja, el mismo día que se iniciaba la Conferencia de Medellín. Toma posesión habiendo pasado por tres sesiones del Concilio Vaticano. Fue un activo promotor dentro del mismo; se destacó en varias cosas, entre otras, haber firmado el Pacto de las Catacumbas. Estando allá en una visita que hizo al papa Paulo VI, él nos contaba que los dos tenían anillos nuevos, más simples que los que se usaban tradicionalmente y chocaron sus puños. El papa le dice: ‘Choquemos’, es decir, ‘comprometámonos los dos’ a vivir y hacer vivir el espíritu del Concilio Vaticano II. O sea, fue un impulso muy fuerte en ese momento para toda la Iglesia, pero particularmente para Angelelli fue un momento decisivo de su misión. De hecho, cuando viene a la Rioja, una de las cosas importantes es que enseguida se notó su influencia en el modo pastoral que se llevaría en la diócesis.

Yo lo conocía felizmente desde el año 63 en Córdoba. Atendíamos en Bella Vista, un barrio cercano, muy pobre. Ahí aprendí algo nuevo de la pastoral junto a mis compañeros, entre ellos, el padre Francisco Canovel, que luego fue el primer capuchino que fue a la Rioja y trabajaba con Angelelli en la JOC y en la JEC. Ahí lo conocí y comencé a sentir con otros compañeros que había un modo nuevo de ser pastor. Fue un descubrimiento. Hablar con el mismo obispo de Córdoba, monseñor Castellanos, era una cosa muy especial no hago una crítica ahora, sino que transmito cómo vivíamos esos momentos y cómo deseábamos que fuera el trato con un obispo. Yo estuve muchos meses, siendo párroco en Buenos Aires, pidiendo una audiencia y pasaron muchos meses. Me acuerdo del cardenal de aquel tiempo: yo estaba como párroco allá abajo y acá había una gran mesa y él me hablaba con las manos siempre abiertas porque el anillo era muy grande. Me parecía normal, pero me sentía incómodo con ese signo, como con tantos otros. En la medida que nos vayamos despojando de ellos vamos a ir alcanzando el espíritu del Vaticano II. Quizás haga falta otro concilio, aunque todavía no está implementado el anterior.

El hecho de tener un pastor cercano, de corazón, que crea vínculos: esa es la tarea del Verbo Encarnado. Toda tarea humana que no conduzca a hacer vínculos entre las personas no es una tarea humana, es inhumana. Cuando encontramos un obispo que realmente creaba vínculos, creaba pasión, todo era muy sencillo, pero implicaba la vida, no solo el pensamiento, la reflexión teórica, ni el ritualismo. El rito era la respuesta a una realidad que se vivía

intensamente, lo digo como religioso que soy. Cuando era nuestra renovación de la profesión perpetua nos la volvía a hacer repetir en los pueblos y con la participación del pueblo, el pueblo opinaba de esa hermana o hermano, le preguntaba al pueblo hasta dónde lo conocía, qué virtudes o cualidades tenía para ser convocado a una ordenación o una profesión, valorando sus carismas, incluso desde su genuinidad, desde su realidad para el tiempo de hoy.

Él tantas veces decía: ‘Cuando vayan a un lugar nuevo, cuando vengan nuevos a La Rioja, pasen por favor un año, no un año de quince días como hacen los turistas cuando van a Europa y después hacen conferencias –cobrando, claro– para hablar de la cultura; sino un año de 365 días, callados, tomando mate y escuchado a la gente, porque nosotros vamos para llevar a Dios, pero Dios a veces está más explícitamente en esa gente que en nosotros. Misionar no es simplemente que yo llevo a Dios, sino una interacción: voy a descubrir a Dios en otro’. Era toda una manera nueva de vivir el Evangelio. ‘Estén un año y van a ver que serán convertidos por la gente’, decía. Estábamos en un decanato muy exigente y yo creía que como había estado en Roma estudiando... Tenía dos alumnos míos ahí en Olta, Sebastián y Marcelo, pero dije ¡365 días! Yo no era párroco, fui a predicar la novena, a quedarme ahí y me costó. Pero fue muy bueno ponerse a la altura de los otros, sentir con los otros, decidir con los otros y trabajar conjuntamente en el decanato, que no era solamente de sacerdotes varoncitos que sabían mucho, sino que incluía a las religiosas que trabajaban a la par o más que nosotros, que implicaba incluso, como en Chamental, poner juntos el dinero que era para distribuir entre las hermanas y los sacerdotes, hacer el proyecto pastoral juntos con los laicos y las laicas, etc. Entonces teníamos la pasión de no faltar nunca a la reunión del decanato y eso que no estaba en la parroquia vecina, sino que era una distancia de 180 km de Chepes a Chamental. La pasión por estar ahí.

Este estilo de trabajo hizo que se volcara a La Rioja una afluencia enorme de congregaciones, laicos, laicas, por ejemplo, Wenceslao Pedernera, y también sacerdotes. Nada menos que cinco de Rosario fuimos allá, por lo menos, que yo recuerde: Roberto (Queirolo), Henri Raulini, el gran Di Santo, (Armando) Amiratti, después Miguel (La Civita) y yo.

Yo vengo a este encuentro porque Angelelli dejó un legado. Este legado no lo podemos esconder, hay un antes y un después. Conmigo estará siempre esta estampa (muestra una imagen) y acá está un trozo del pañuelo que me dio Francisco Canovel, mi compañero, que fue con Amiratti cuando el cuerpo de Enrique estaba en la ruta, cercado por algunos soldados y no se podía acercar nadie. Según relataba Francisco, él se tiró por encima de ese cordón militar sobre el cadáver de Angelelli, que estaba manando sangre. Durante años la sangre penetró el asfalto y sacábamos de allí esas piedritas impregnadas. Cuando se da la sangre por algo, hay un

antes y un después definitivo. El martirio significa entonces dar la vida. ¿Se puede dar algo más que la vida? Por la causa que fuere, ahí está la verdad del martirio. Entonces, este legado no lo puedo callar. Lo diría siempre, porque realmente si el Evangelio me atrapó como a todos nosotros, hay momentos en la vida, en cierta madurez, que nos lleva a testimoniar cuando se vierte la sangre de hermanos que sabían todos que estaban amenazados.

Como seguramente verán Uds., cuando analicen la homilía que el delegado papal dijo en la misa de beatificación, realmente es una nueva teología. Es el crecimiento de la *teología del martirio*, que creíamos todos simplemente que ocurría cuando se mataba a alguien por odio a la fe [...]. El martirio significa ahora la integridad del Evangelio y parte esencial de este es la justicia, ‘luchar por la justicia’, dice la homilía, y morir por ella, es muerte por el Evangelio”.

Miguel Ángel: “Buenas noches a todos. La vida, para mí, desde que era adolescente, fue andar buscando a Dios, quién era Dios, dónde estaba. De una familia sumamente cristiana, con costumbres y actitudes cristianas. Mi vieja fue catequista hasta los 80 años. Sin embargo, algo uno buscaba. Bueno, terminé en el Seminario de Rosario en las épocas difíciles [...]. Recuerdo que fuimos a buscar las notas con papá [...] para seguir estudiando. Me acuerdo que estaba el padre Elmo Gorza: un gran cura. Hablaba con mi viejo y lo contenía a mi papá. Cuando salió el rector, no habló bien de mí. Mi papá le dijo: ‘Mire, padre, cuando lo fueron a buscar a mi casa dijeron que era un buen pibe. Si ahora me lo devuelven y es un mal pibe la culpa no es mía’ (risas y aplausos). Lo que llamamos sentido común y sabiduría de los viejos. Sin embargo, nunca se resintieron con la Iglesia mis viejos, al contrario.

Voy a nombrar al padre Tomasito Santidrián, para mí de feliz memoria. Fue nuestro rector del Seminario mucho tiempo, después, salimos en una época en que no me corrieron a mí solo, quedaron creo que cinco o seis adentro, de treinta que éramos. Tomasito nos juntaba a comer un asado, en Estanislao Zeballos 2727, en una casa que no se caía porque Dios la sostenía. Nos juntaba simplemente a comer. Jamás hablábamos de Dios ni del Seminario, ni de nada por el estilo. Yo me planteaba cosas, lo hablé un día con él y terminé siendo seminarista de Venado Tuerto y me fui a estudiar a Córdoba. Y seguía buscando a Dios porque no lo encontraba [...].

En la escuelita de Cristo, de las Hermanas Azules, que era un pensionado de chicas universitarias, había una comunidad religiosa donde íbamos a rezar con ellas y ahí lo conocí a monseñor Angelelli. Nos bastó escucharlo una hora y yo me enamoré de él. Cuando nos volvíamos al Seminario pensé: ‘Este tipo tiene todo lo que yo ando buscando’. ¿Qué fue lo que me impactó de él? Su sencillez, su cercanía [...]. Bueno, hablamos y terminamos en La Rioja con un proyecto de Seminario que nunca terminamos de armar. ¿Por qué? Porque lo acusaban

a monseñor Angelelli de *sancochar curas* [...]. Había ido el padre Gera, se había contactado con gente del NOA, para hacer un centro de formación para curas y diáconos, ministros y servidores. Eso en medio de los conflictos que se vivían.

La primera vez que llegamos a La Rioja fue para la fiesta de San Nicolás, en invierno, hacía poquitos días había tenido el gran desencuentro de Anillaco, donde lo habían corrido a piedrazos. Sin embargo, se sentaba con nosotros a tomar una sopa y a corregir una carta que habíamos hecho nosotros. Éramos cuatro o cinco. Decíamos que nos íbamos del Seminario de Córdoba porque queríamos ser curas (ríe). ¡Teníamos nuestras cosas también! Él nos ayudó a corregir esa carta. Y recuerdo una frase patente: ‘Un oído en el pueblo y otro en el Evangelio’. La primera vez que lo escuché me quedó grabada; después en el andar todos los fines de semana alguno de los tres seminaristas que vivíamos en un barrio con el padre Luis Pradella, Dios lo tenga en la gloria. Decía el padre Luis: ‘Soy el rector del Seminario –éramos cuatro– y el que se va, lo muelo a patadas’ (risas). Se murió Luisito, hace poco, un gran tipo.

En esos andares de idas y venidas con Don Enrique nos ayudó a sacar de dentro nuestro toda la ponzoña que teníamos. Cuando yo me ponía medio pesado, porque uno es gringo, me decía: ‘Vomitá, Gringo, vomitá’. Uno hablaba contra la Iglesia [...]. Entonces me dijo:

- Gringo, ¿vos la querés a tu mamá?

-Claro.

-¿Y si yo la insulto a tu mamá?

-Y si puedo, le meto un sopapo.

-Cuando vos amés a la Iglesia de esa manera, hacéte cura, antes no.

Tenía un trato paternal realmente: del padre que te contiene y te pone límites [...]. Yo fui descubriendo esa grandeza humana que había ahí. Tengo un librito escrito con el padre Armando Amiratti. Él escribió algunas reflexiones sobre el tema y yo intenté hacer unas florecillas del *Pelado*, pintar su parte humana. Pensé: ‘De teología no sé mucho. Habrá sesudos teólogos que escriban’. Uno agarra el libro de (Luis) Liberti y se extasía leyéndolo porque desgrana toda la historia y el contexto que se vivió. Gracias a Dios que la Iglesia tenga a esa gente. Yo voy a tratar de decir que fue un hombre bueno, un papá para mí, un padre de fe. Fui descubriendo esa grandeza suya.

Recuerdo en una escuela que la había ido a bendecir porque la habían reestructurado y ya no era más una escuela rancho. Estaba la directora que había comenzado esa escuelita cuando era un rancho, viejita ya. Y el *Pelado* pidió un vaso de agua y agarró un clavel, bendijo el agua y le regaló el clavel a ella. A mí se me caían las lágrimas. Cuando volvíamos en la camioneta, le digo:

-Qué bueno, monse, realmente a mí me llegó mucho tu gesto.

-Gringo, me dice, en la pastoral es un tiro a la cabeza y dos al corazón.

-¿Cómo, monse?

-Sí, dos tiros al corazón y uno a la cabeza. A la gente primero hay que quererla, y quererla mucho. Después, llenáale la cabeza de tus ideas y de lo que tenemos que transmitir.

Yo sentía que había encontrado un hombre que me marcaba rumbo.

-¿Qué hay que hacer, monse?

- Andáte a los novenarios, juntáte con las viejas a rezar por el muerto, se reza nueve días en la casa. Ahí vas a conocer gente. Abrí la oreja. Escuchá mucho. Preguntá. Vas a conocer mucho. Vas a encontrar un vaso de agua, una cruz de ceniza, un moño negro [...].

-Preguntá porque todo eso tiene sentido, decía.

Y ahí fui descubriendo cómo la cruz de ceniza significa de dónde venimos y a dónde terminamos, qué somos. El agua que es la vida. Y lo fui aprendiendo desde y con la gente. Así descubrimos este hombre. Nosotros trabajábamos para mantenernos. Hacíamos limpieza de obras de albañilería. Trabajábamos de noche, generalmente. Cuando los albañiles se iban sacábamos toda la basura que encontrábamos. Claro, llegábamos a casa fundidos. Sumado, el calor de La Rioja. Entonces los códigos eran que el que llegaba último se quedaba vestido. Los demás nos poníamos en cuero para descansar y sobrellevar el calor. El que se quedaba vestido atendía la puerta porque la gente venía a esa hora a encontrar a los curas, porque sabían que antes no estábamos. Un día llegamos muy cansados, con hambre. Fuimos a buscar un poco de mortadela, una cerveza. Nos sentamos en el suelo, ahí, en la cocina. De pronto, sentimos la puerta. Era el *Pelado*. Nos atoramos porque venía el obispo. Sentados en el suelo, medio *en cueros*. No nos dio tiempo y se vino para dónde estábamos.

-Perdón, monseñor. Ya levantábamos las cosas para ir a la mesa.

-No, no. Acá nomás.

Se sacó los zapatos y el guardapolvo, se sentó en el suelo.

-Eh, dame uno. ¿Sabés cuánto hace que no me como un sanguchón de mortadela?

No sé qué habrá sentido él, pero para nosotros fue más que importante decir: ‘Vengo a compartir con ustedes’.

Una noche llegamos a casa y como él tenía llave ya estaba adentro. En La Rioja, se duerme afuera en verano. Teníamos todos los catres puestos porque calculábamos que íbamos a venir medio tarde. Cuando llegamos estaba monseñor con la manguera regando el patio, un patio de tierra. Claro, nosotros nos arrimamos y vimos que había salpicado todas las sábanas. Para colmo era una parroquia donde habían estado unas monjas antes. Toda ropa blanca. Estaba

todo salpicado de barro. Nos mirábamos, nos reíamos entre nosotros, por supuesto que no dijimos nada. Nos miró y dijo: ‘Qué macanón que me mandé’ (se ríe). Tenía su humor en medio de los conflictos que vivíamos y en medio de las tensiones. Yo tengo en mi estampita de ordenación esa frase que dice: ‘Sacerdote de Dios, por la misericordia de Dios para con su pueblo’. Y agrego, por la gracia de haber conocido un pastor como monseñor Angelelli, que me quiso como era, que me acompañó a crecer y que nos pidió ese compromiso.

Terminamos en Buenos Aires. Era lo último que podíamos esperar. Estuvimos a punto de irnos y se lo dijimos: ‘Monse, parece que nos vamos, nos vamos de ser seminaristas, nos quedamos en La Rioja’. ‘Piénsenlo’, dice. Bueno, decidimos seguir con él. Y fue también otra gracia de Dios vivir toda esa experiencia. Ahí nos dijo: ‘Creo que van a ser curas los tres porque este renunciamento es importante’, y se largó a llorar. ‘Perdónenme, yo les ofrecí otra cosa y no se las puedo cumplir, porque La Rioja es pobre hasta en eso. El obispo de ustedes *sancocha* curas. Sacerdotes de Córdoba que el cardenal les prohíbe venir a dar clases, si lo hacen los sancionan o quedan sin poder dar clases en el Seminario de Loreto’. Uno se ponía en el corazón de ese hombre.

Ese fue el Angelelli que yo conocí, el que me acompañó, el que me enamoró de la Iglesia de los pobres, el que me hizo descubrir al pobre no como una ideología, sino al pobre como un hermano, como un sentimiento, como un vínculo.

Para ir terminando, una palabrita más sobre esa Iglesia *del Pelado*, Iglesia sufrida, golpeada, porque nos acusaban de *angelellistas*. Si rezábamos el Padrenuestro tomados de la mano, nos criticaban. Fuimos calumniados, perseguidos, *custodiados* por los Falcon verde hasta mucho después de la muerte de Angelelli. Éramos una Iglesia de catacumba, una Iglesia perseguida.

Recuerdo un obispo arquidiocesano, del cual no voy a dar el nombre, que cuando fueron los 25 años, escribió unos comentarios en *Clarín* diciendo que había sido un acto político. Un obispo al que nunca vi en ninguna celebración sobre Angelelli. Le escribí una carta yo, enojado. En una oportunidad, estaba este hombre con monseñor Sigampa, quien me había dicho que no le escribiera, pero yo ya lo había hecho. ‘¿Me podés dar la carta?’, me dijo. ‘No, no hice copia, te puedo dar el taloncito de la carta porque la mandé con acuso de retorno para que me quede seguridad de que la recibió’. Justo estaba este hombre y Sigampa le dijo: ‘Te presento al padre Miguel La Civita, vicario episcopal en [Punta de] los Llanos’. El obispo dice: ‘La Civita, La Civita’ Y me miraba (risas). Entonces le digo: ‘Monse, yo le escribí una carta con motivo de la nota suya en *Clarín*’. Entonces Sigampa me dice: ‘Vamos, chango, que hoy es el día de San Nicolás y no hay que discutir, vamos pa’ la procesión’. Se terminó ahí el comentario (risas).

Fuimos esa Iglesia, una Iglesia silenciada. Dice Tertuliano que el martirio no es la pena que se sufre, sino la causa que se defiende. Entonces, hemos defendido una causa, hemos estado comprometidos con esa causa hasta los huesos. Nos han amenazado, perseguido, tirado piedras, nos han hecho de todo un poco.

Recuerdo un día en que recordábamos el 4 de agosto, ese primer domingo, allí en Punta de los Llanos donde no había nada. Después íbamos a cuatro o cinco km, porque en una escuela se hacía la celebración. Entonces vinieron y me dijeron: ‘Padre, han baleado el cartel de monseñor Angelelli’. En el sitio había un cartel grande que decía: ‘Con un oído en el pueblo y otro en el Evangelio’, que está puesto todavía. Si alguna vez pasan por la ruta, arrímense y se ven los parches. Habían pegado cuatro balazos en la nuca, como diciendo que lo habían matado de nuevo. Yo me fui enojado a ver. Cuando llegué, vi que en los agujeros de los cuatro balazos había cuatro claveles rojos. Entonces se me cambió el humor. Me dije: ‘El pueblo nuestro es sabio, lo volvió a testificar como mártir’. ¡Qué lindo! Son esas cosas de comunión que nos ayudaron a crecer y a caminar.

Ahora con esto de la beatificación es como que se removió la Iglesia y entonces se juntaron miles de personas y hoy el martirio es una causa que está presente. Los que estamos acá somos parte de esa Iglesia silenciada. La Rioja tuvo un *contenedor* que fue desde el obispo para abajo, pero en cualquier lugar, en cualquier diócesis, está esa Iglesia silenciada. Aquellos curas, monjas, laicos que luchan por la fraternidad y la justicia de todos aquellos que se hacen presentes allí donde hay que poner una mano.

Entonces yo agradezco al papa Francisco este gesto, porque nos reivindica como Iglesia, una forma de ser Iglesia. No quiero pecar de hereje. Está el obispo acá (refiriéndose a Mons. Eduardo Martín). Hay una sola Iglesia, la de Cristo. Pero hay caminos de construcción, hay maneras de ser Iglesia. Entonces creo que el papa Francisco pone de pie esta Iglesia y es para nosotros un compromiso. Ya no nos sentimos apaleados o perseguidos, sentimos la fuerza de Dios en nosotros por esta gracia que fue el martirio en nuestra patria. Dios nos marcó con esta causa, con este destino. Gracias a Francisco, un hombre discutido: antes era discutido, después fue alabado y ahora es discutido nuevamente.

Yo recuerdo que tiempo atrás, hablando con una amiga que vive en Buenos Aires pero que es de La Rioja, se manifestó disgustada por la figura de Francisco. Yo le dije: ‘No voy a discutir con vos este tema, al papa lo conozco, acordáte que un día le vas a dar las gracias, porque él va a canonizar a Angelelli’. Ahora me encontré con esta persona cuando fui a la beatificación y me dijo: ‘Delante de mi hijo tengo que pedirte disculpas por lo que dije del papa’. A Francisco le envié un mail en el cual le agradecí este gesto y él me respondió diciendo:

‘No sabés cómo me tembló la mano cuando firmé el acta de beatificación’. Las luchas del pueblo de Dios. Podría decir muchas cosas más, pero el tiempo se termina. Muchas gracias”.

Mari: “Después de este testimonio de estos dos *curazos*, una se queda sin palabras y piensa qué puedo compartir con Uds. de mi experiencia de trabajo en la provincia de La Rioja con monseñor, con Wenceslao que fue un compañero nuestro del Movimiento Rural y con Gabriel Longueville, al que conocí poco. A Carlos (de Dios Murias) no lo conocí porque él llegó a La Rioja cuando yo ya me estaba viniendo. Pero estos dos sacerdotes realmente hablaron de lo que significó la presencia de monseñor en La Rioja, todo lo que pudo construir en esta pastoral diocesana, que la fue construyendo –como él decía– con un oído en el pueblo y la mirada en el Evangelio. Nos convocaba a todos para que pudiéramos participar: a los sacerdotes, a los religiosos, también a los laicos y a las laicas. Hoy que se habla mucho de las cuestiones de género, de la participación de la mujer en la vida política y de la Iglesia. Angelelli ya nos daba participación a nosotras. Yo no soy religiosa, soy una simple laica, pero las congregaciones de religiosas que llegaron a La Rioja pueden dar fe –y lo dieron en la ceremonia de beatificación– de todo lo que pudieron construir juntos con toda la Iglesia en La Rioja.

Pensaba: cómo puedo empezar a contarles lo que viví. Copié lo que está escrito en una de las estampitas que repartían en la beatificación y que habla muy bien de quién fue este hombre. Este pueblo que al principio no era suyo, pero lo hizo suyo con su compromiso y su andar por todos los rincones de La Rioja. Él fue capaz de llegar hasta el último rancho y conocer a la gente. Me impactó lo que decían Luis y Miguel: ‘Un tiro en la cabeza y dos en el corazón’. Realmente eso habla de esta *pedagogía del encuentro* que él la predicaba con su accionar y su ejemplo, caminando y llegando a la gente. Y con una clara opción por los más débiles, por los pobres. En esa estampita decía: ‘Déjenme que les cuente/ lo que me quema por dentro/ el amor que se hace carne, /con chayas y dolor de pueblo. // Saben, lo aprendí junto al silencio, /Dios es trino y es vida de tres/ y un encuentro./ Aquí la historia es camino,/ y el hombre, siempre un proyecto’. [...] El hombre es siempre un proyecto. Estoy muy emocionada con todo lo que escuché. El hombre es siempre un proyecto es la clave de su pastoral. Él quería lograr que el pueblo riojano, un pueblo callado, oprimido, desvalorizado, un pueblo sin esperanza, triste, diría yo, cuando recién llegué a La Rioja; después cuando me fui, ya era otro pueblo. Ese proyecto de hombre era como que estaba truncado por la explotación, por el ninguneo, por el manejo que ciertos grupos económicos tenían de la tierra y del agua. Ustedes saben que en La Rioja el agua tiene más valor que la tierra, porque podemos tener una gran extensión, pero si no tenemos agua, no hay producción. Había personas que manejaban eso como querían y había un gran sector de la población que trabajaba en los grandes latifundios para sobrevivir.

Angellelli habla del proyecto de hombre, un hombre que se pueda realizar plenamente, que se valore, que recupere su autoestima, que sepa que es capaz y debe participar de la vida política y económica de la sociedad.

Ahora les cuento por qué llegué a La Rioja. Yo soy del otro lado del charco, soy entrerriana, vivo en Paraná y cuando tenía 27 años integraba el Equipo Nacional Movimiento Rural de la Acción Católica. En la Conferencia Episcopal de abril de 1969 se discutían los documentos del Vaticano II sobre el apostolado de los laicos. En esa asamblea yo participé representando al Movimiento Rural, junto a otro compañero. Todas las ramas de la Acción Católica hicimos una exposición de cuál era nuestro trabajo en las distintas diócesis del país. También estaba la Junta Central, a la que pertenecíamos nosotros. Cuando terminamos, con mi compañero, la exposición de nuestra tarea, estaba este hombre parado, que yo no conocía, que era precisamente monseñor Angelelli. Y me dice:

-Rusita, en el almuerzo quiero que te sientes conmigo para que podamos conversar sobre el trabajo de tu movimiento porque me interesa.

Nos sentamos juntos y almorzamos. Entonces nos planteó a Miguel y a mí la posibilidad de irnos a trabajar a La Rioja. Nos dijo que hacía poco que había llegado, que era una diócesis que conmovía por los desafíos que presentaba. Había muchísima tarea para hacer, pero pocos obreros para esa mies tan grande, tan profunda y tan difícil. No es que desvalorizaba a los riojanos, sino que necesitaba contar con mucha gente, con muchas instituciones de la Iglesia y de la sociedad civil que pudieran ir a trabajar y ayudar. Le planteé que no era una decisión mía, sino que lo iba a conversar con mi equipo, que en ese momento tenía sede en Buenos Aires. Allá nos reunimos, lo charlamos y le contestamos que sí.

En junio de 1969 llegamos a La Rioja (hace ya 50 años) con otra compañera, una tucumana. La gran sorpresa para nosotras fue que en la Terminal de La Rioja nos estaba esperando monseñor, con su clásico ponchito y su boina. Fuimos a la casa de una congregación. Allí estuvimos charlando y compartiendo unas cuantas cuestiones. A la tarde pudimos hacer una reunión en el Arzobispado donde planteamos las primeras líneas de nuestro trabajo en la diócesis.

Al primer lugar que fuimos fue a Famatina, donde había un gran sacerdote que era el padre Puchetta, un jesuita compañero del papa Francisco. Era la fiesta patronal, había una gran multitud participando con entusiasmo y profundidad. Al otro día, ya comenzamos a visitar a las escuelas de la zona. Yo pertenecía al sector de maestros rurales y la otra línea de trabajo que teníamos era con los campesinos. Rafael Sifre y Juan Carlos Di Marco, otros dos compañeros

militantes muy conocidos por todo lo que tuvieron que padecer, sufrir y vivir a la par de monseñor, llegaron a trabajar junto a nosotros.

Yo reafirmo lo que decían Luis y el padre La Civita: realmente lo que a uno le impactaba de monseñor era la simpleza, la cercanía. Ese hacernos sentir que éramos uno más en el trabajo que teníamos que realizar, en los sueños a construir juntos para aportar a ese hombre que es un proyecto. Pensábamos que desde la educación, desde la escuela, se podía aportar mucho a esa pastoral. Por eso, iniciamos un proyecto de capacitación de los docentes para hacer un trabajo multiplicador, para que desde las escuelas se pudiera hacer un análisis profundo de la realidad de las comunidades donde estaban insertadas y que, desde allí, se pudiera construir esta La Rioja desarrollada, esperanzada, con sueños y proyectos.

El primer curso que hicimos tenía diez días de duración, lo hicimos en la zona de los llanos, nos encontramos en la comunidad de los franciscanos que estaban en Olta, un pequeño pueblito. Trabajamos con distintas temáticas con un grupo de maestros riojanos. Los temas que desarrollábamos en esos diez días de trabajo intensivo eran el análisis de la realidad de las comunidades, o sea, escuela y comunidad; otro de los temas era el plan de Dios y nos hacía reflexionar sobre que cada uno de los cristianos somos socios de Dios en la creación y construcción del proyecto de Dios; y también cuestiones que tenían que ver con lo pedagógico, con lo didáctico, haciendo hincapié en la realidad. En el sexto día suspendíamos la teoría e íbamos a visitar una zona que tuviera significado para la escuela. Los maestros nos decían que los alumnos tenían problemas de aprendizaje, faltaban mucho, sus padres vivían pocos años, que la mayoría moría tuberculoso o con problemas respiratorios. Se nos ocurrió que podíamos visitar la cantera de lajas de Don Ochoa. Estaba a 10 km de Olta. Seguramente, eso iba a ayudar a comprender la situación de los alumnos, sus dificultades de aprendizaje y la poca importancia que aparentemente le daban a la educación.

Cuando llegamos, *destapamos una gran olla*: lo que se vivía allí era un espanto. La gente trabajaba de una manera brutal, hacían explotar explosivos. Volaba el polvillo. Las lajas caían sobre ellos y los golpeaban; algunos hasta mutilados. Baja paga. La cantera tenía que estar siempre trabajando. Turnos rotativos. Descansaban en camas de laja. Las almohadas eran de laja. El polvillo estaba siempre presente. La comida eran latas de paté, de corned beef, escasa y de poco valor nutritivo. Con eso en nuestras retinas y con mucho silencio, los docentes y yo nos quedamos sin palabras. Cuando llegamos al curso al atardecer, yo lo llamé a monseñor por teléfono y le conté lo que habíamos visto. Le propuse que hablara con Tito Pauletti, que era el director del Diario *El Independiente*, a fin de compartir las fotos y la información con la comunidad y ver qué se podría hacer. Al otro día, estaban Pauletti, Chacho Yaler, Ricardo

Mercado Luna. Salieron fotos, comentarios y testimonios de los maestros. Les cuento esto para que tengan un ejemplo de lo que era la realidad de los trabajadores y del pueblo riojano.

También les puedo contar de los campesinos que trabajaban en el valle de Famatina. Después, uno de esos patrones lo encontró al padre Puchetta en una vuelta del camino y le dio una paliza que casi lo mata, porque se empezaba a conocer esta realidad y molestaba. Fue una de las causas de la persecución y la destrucción de este proyecto. Porque realmente empezaban a destaparse estas ollas, a hacerse conocer la realidad y les molestaba a muchos señores. Esto fue una de las causas del intento de ir destruyendo cada uno de los proyectos

También, a partir de toda esta tarea, se comenzó a armar el sindicato de mineros de La Rioja, cuyo secretario general, el *Negro Sosa*, después fue apresado y murió con muchos problemas de salud, porque al liberarlo tenía uno de los pulmones perforados. Murió tirado en un camino vecinal en la provincia de Córdoba. Le dieron la libertad, pero en esas condiciones.

Así se fueron construyendo proyectos. Surgiendo las cooperativas como, por ejemplo, poder explotar una finca muy importante abandonada, con mucho caudal de agua. Al pueblo de Aminga le faltaban fuentes de trabajo, entonces se comenzó a trabajar en una cooperativa de trabajo con los pobladores, proyecto que fue aprobado por la Legislatura riojana. Pero cuando llegó el momento de entregar la tierra, la entregaron individualmente. Así muchas cuestiones que se fueron organizando en ese tiempo.

Con los maestros logramos una gran movilización en su conciencia como educadores. Tenían la responsabilidad de descubrir qué les pasaba a sus alumnos, con todas sus potencialidades. Saber por qué tenían este problema u otro y había que trabajar mucho con la comunidad. Trabajábamos con el análisis crítico de la realidad, como hicimos con la cantera de Olta y otras realidades que fuimos encontrando en el camino, tratando de vivir en la esperanza del Evangelio, pero una esperanza crítica. Un compromiso que nos debía llevar a la acción. Si nosotros descubríamos una realidad, teníamos que sentir que se podía transformar con nuestro compromiso. Porque si no, es una esperanza –yo diría– boba, como sentarnos en el borde del camino esperando que se comprometan los militantes, pero nosotros no hacemos nada. Monseñor Angelelli a las Hermanas de la Asunción les decía lo que aparece en una de las estampitas: ‘Somos llamados a ser actores y no espectadores miedosos’. Eso nos llevaba a la acción.

Yo lo conocí a Wenceslao, en Mendoza. Recuerdo siempre cuando estaban en este proceso de decisión con su pareja, con Coca, de irse a La Rioja. Yo llegué un día a la casa, ella estaba sola con sus nenas, él se había ido a trabajar a la finca y ella lloraba. Le pregunté qué le pasaba y Coca me dijo: ‘Yo estoy muy angustiada porque Wenceslao quiere nos vayamos a

trabajar a La Rioja, a la diócesis de Angelelli'. Porque había descubierto a este hombre maravilloso, comprometido, cercano, que lo había invitado a su tierra. 'Pero yo tengo mucho miedo, no sé por qué, pero tengo mucho miedo. Él me dijo si no quiero ir, primero se va él y después podemos ir nosotras'. Cuando nos encontramos con Coca en Sañogasta, recordamos esa tarde. Coca vive y también sus tres hijas. Tras el asesinato de Wenceslao siguió una etapa de su vida muy difícil, porque la gente le tenía miedo, porque nadie se le acercaba, porque estaba sola. Para el pueblo riojano, la muerte de Angelelli le quitó también la vida al pueblo. Le quitó la esperanza y la fuerza que se había generado. Volvieron a sentir profundamente que no podían salir de esa situación: justo cuando empezaban a vislumbrar esta realidad donde vivir con dignidad era posible, comer todos los días era posible, tener un salario justo era posible, que fueran escuchados era posible, cuando sintieron que un obispo llegaba a su casa y se sentaba con ellos a comer, o que en la misa los nombraba por su nombre, porque tenía una memoria increíble. En especial los viejitos, hacia quienes monseñor tenía una atracción muy especial. Nos decía que ellos eran los sabios, a ellos había que escucharlos, con ellos había que construir. Realmente el paso de monseñor por La Rioja fue un tiempo de mucha esperanza y de fuerza que se apagó después, pero ahora con esta decisión de Francisco volvió otra vez esa posibilidad de vivir una Iglesia comprometida, que creíamos nosotros que ya no existía. Con Francisco, con tantos sacerdotes, religiosas, obispos, algunos obispos que se comprometen, y discúlpenme que hable así.

Una sobrina, que encontré hace unos días en La Rioja me dijo: '¿Te acordás, Mari, cuando hace unos años me dijiste que la muerte de Angelelli y de los tres compañeros iba va a quedar en nada, que iba a ser nada más que un asesinato? Yo te había respondido que te quedas tranquila que Dios tiene sus caminos y un día no muy lejano va a haber justicia'. Me lo recordó el día de la beatificación, entre esa gran multitud que Uds. vieron en el video que se pasó y en el que nosotros pudimos estar. Fue una gracia de Dios poder haber vivido ese momento y haber participado humildemente en la construcción de esa pastoral, que fue intentar vivir los mandatos del Concilio Vaticano II. Por él tenemos que seguir luchando y trabajando".

Roberto: "Hace 45 años que estoy en La Rioja. He sido sacerdote ordenado para esta diócesis de Rosario, a la cual serví solo 6 años, en el Seminario. Acá veo varias caras conocidas de aquella época. Algunos sobrevivientes que fueron alumnos. Una frase que me impactó mucho de un sabio abad cisterciense decía: 'El monje es un milagro de Dios'. No sé por qué se me grabó. En realidad, lo podríamos decir de cada ser humano, de cada cristiano. Hay milagros y milagros. Angelelli fue un milagro de la misericordia de Dios para la Iglesia y para el mundo. Más inmediatamente, para los que lo conocimos, para La Rioja.

Estoy [en La Rioja] hace 45 años, como dije anteriormente. Fui por tres solamente, según un proyecto personal, que el obispo con comprensión y respeto por el camino de cada uno asumió, con la esperanza de que cuando terminaran los tres años me quedara. En realidad, mi idea había sido responder a un llamado de Dios para hacer un tipo de vida sacerdotal no convencional. Para que más o menos entendamos, ser cura obrero. Pero mientras tanto, Rosario había quedado como diócesis, en cuanto al servicio presbiteral, vacía. Treinta compañeros míos, algunos mayores, otros alumnos, habían renunciado a sus cargos y se habían ido de la diócesis. Yo había sido bautizado, confirmado, primera comunión, confesión, y ordenado sacerdote para la diócesis. Me parecía que podía y debía poner el hombro. Pero claro, las cosas fueron dándose de otra manera.

La víspera de su muerte, Angelelli reunido con los vicarios episcopales y los decanos de los cuatro decanatos en Chamental, el 3 de agosto, tenía que proveer quién iba a reemplazar a los dos curitas asesinados. Yo me enteré que el que puso mi nombre sobre el tapete, porque no sabían a quién poner, fue Julio Guzmán. Me enteré hace un mes. Parece que estaban divagando, si este, si aquel, si más allá, y cuando apareció mi nombre, Angelelli dijo: ‘Ese’. Para mí, más allá de ciertas distinciones que he recibido de manera casual en la vida, más allá de ciertas posiciones, el haber sido elegido por él como la persona apta para estar en Chamental, para entre comillas *reemplazar* a los dos curitas, fue una de las honras más grandes que han alimentado mi sacerdocio.

En la Rioja quedamos tres sacerdotes que lo hemos conocido. El que fue vicario episcopal suyo, Julio Guzmán, riojano que lo conoció incluso del tiempo del Seminario; Lorenzo González, un sacerdote que él ordenó en 1973 al poco tiempo de haber llegado yo también a la diócesis [y yo]. Entonces, me ha tocado en muy distintos foros tratar de decir algo sobre el *Pelado* y resultan inagotables tantas facetas, tantas riquezas. Me siento con esa misión porque no somos tantos los que hemos podido conocerlo de cerca, y él a nosotros. Yo lo conocí dos años antes de ir a La Rioja, en esas reuniones de la Comisión Episcopal de Pastoral. Funcionaba tan bien, tan maravillosa esa comisión, que el Episcopado de entonces decidió suprimirla. Tenía los pies en la tierra y el corazón en el Evangelio, por lo que era un poco molesta.

Después lo recibí cuando estuve acompañando a monseñor Cafferatta, un obispo al que lamentablemente no se lo menciona tanto cuando queremos nombrar a los que estaban en el mismo plano que Angelelli, esa gente que amaba al pueblo, a cada uno. Amaba su sacerdocio, el cual era un servicio y un gozo. Rosarino, hijo y nieto de gobernadores de la provincia, [...] un santo varón. Gracias a él pude compartir unos años en San Luis hasta su muerte, los últimos

cuatro años de su vida. Ahí conocí a Angelelli, pudimos conversar más en esa oportunidad, porque él quiso estar en el sepelio de Cafferata. Él iba a las reuniones en los llanos y cuando se enteró, se fue con su camioneta al sepelio.

Yo le propuse hacer ese período de profundización de mi vocación sacerdotal, quizás de mi propia identidad, saber quién realmente era yo. Había sido constantemente distinguido más allá de mis cualidades y mis posibilidades y no quería que aquello que me rodeaba pudiera proyectar una imagen que me convenciera de lo que no soy. Quería pisar en la tierra, por eso le pedí a monseñor que me recibiera allí, pero no por el ejercicio de mi sacerdocio, no porque estuviera cansado o dudara de él, sino para profundizarlo, para poder hacer lo que nunca había hecho ni sido: un peón más en una fábrica, en un taller, en lo que fuera. Angelelli, con su visión evangélica, comprendió completamente lo que yo planteaba. Así fue. Me dijo: ‘Mirá, acá en el pueblo donde podés encontrar trabajo es en Chilecito’. Me fui allí. Estuve de incógnito, porque en un pueblo tan religioso y respetuoso del cura como el riojano se me iba a caer un martillo de la mesa y algún compañero de trabajo me iba a decir: ‘No se moleste, padrecito, yo se lo alcanzo’. O sea, que me iba a pinchar la experiencia que quería hacer. Así que me fui de incógnito. No vivía en la parroquia, alquilé una pieza y después de unos meses pude comprar una bicicleta y experimentar la empatía, la identificación, que no se aprende con los libros, sino viviendo de la misma manera. Era una forma desconocida para mí: trabajo manual, estar bajo patrón. Tener que hacerme la comida y lavarme la ropa. Vivir como se podía bajo un techo proporcional a los ingresos de cada uno. Angelelli me asumió con ese proyecto y cuando fue su sepelio el 6 de agosto, el que había quedado a cargo, su vicario general, un gigante que medía un metro treinta, una personalidad de un [gran] corazón, un sacerdote y medio me dice: ‘El *Pelado* pensó que fueras vos a Chamical, al lugar de los mártires’. Yo dije: ‘Cualquier cosa que me hubiera pedido Angelelli, estoy tan agradecido a La Rioja, tené por seguro que le iba a decir que sí’.

Algunos pensaban: ‘Qué valiente, ahí al lado de la Base’. Y yo pensaba: ‘No. ¡Tan torpes y ciegos que son! Cuando todo el mundo los señalaba a ellos, los de la Base Aérea, como los asesinos de Angelelli, no iban a ser tan idiotas de matar al cura’. Para mí era el lugar más seguro.

De hecho, he sabido que hubo atentados fortuitamente (*providencialmente*, decimos en criollo), que al cura que estaba en Chamical –Ceferino– le echaron un auto encima y pudo zafar. Los curitas de Villa Unión, que no tenían tampoco pelos en la lengua para anunciar el Evangelio y que habían sido amenazados reiteradamente, se salvaron porque su Citröen, que era el auto del clero de La Rioja, estaba descompuesto y, en lugar de ir en uno gris, fueron en uno tomate o verde. Entonces, los sicarios que estaban esperando el auto en esos caminos solitarios, en una

hondonada donde podían fácilmente lograr su cometido, porque fue anunciado que los curas iban en un Citroën y que habían salido en estos momentos de Villa Unión, pero, claro, no coincidían las características del vehículo. Así que se les pusieron a la par, los miraron un rato, pero finalmente el Falcon blanco aceleró y se fue. O sea que hubiera habido otros mártires más.

Cuando llevan a Wenceslao baleado a Chilecito, él recién muere como a las tres de la tarde. Un hombre fuerte, acostumbrado al trabajo, a pesar de los balazos que tenía en su cuerpo tuvo tiempo para decirle a su señora y a sus hijas que no odien, que sepan perdonar y sigan adelante.

Cuando llegó con la camioneta el vecino de Coca, tiran una colchoneta y ponen a Wence con vida todavía y lo trasladan desde Sañogasta, media hora, hasta Chilecito. Le dice la Coca al muchacho: ‘Andá a avisarles a los curas lo que ha pasado’.

La consigna de Angelelli después de la muerte de los curas era que no viviéramos en la parroquia para que no nos fueran a buscar ahí de noche, sino que fuéramos a distintas casas cada noche, por cuestiones de seguridad. Así que llega ese muchacho con la camioneta a la parroquia de Chilecito. En ese momento, habían tirado la iglesia antigua, así que era un descampado. Esos caserones antiguos que todavía se encuentran, como un chorizo de cuartos con puertas al patio. Llega este muchacho allí y ve salir a los mismos encapuchados con armas largas que habían estado en Sañogasta. Hubiéramos tenido tres curas más asesinados: Julio Guzmán, Augusto Pereyra y Lorenzo González. No sé si estaba Eduardo Fisher también. La cosa fue brava, sí. Yo era un desconocido. Vivía en un cuarto en un barrio, no estaba en la parroquia, me hubiera salvado. Quedé para lo que estamos hoy.

Angelelli había sido designado por Dios en su providencia, Él sabía perfectamente para lo que lo había elegido. De manera que le dio una naturaleza humana, un corazón, una mente, una sensibilidad fuera de serie. Con una capacidad de empatía extraordinaria. Donde se sentía y comulgaba profundamente el intelectual, el peón, el joven, el niño, el ateo porque era su humanidad que hablaba, que se transmitía.

Cuando podíamos estar a solas con él, parecía que todo lo de alrededor no existía. Era como una comunicación sin palabras, sin gestos. De alma a alma. Tenía una mirada que te penetraba hasta lo más íntimo. Te escrutaba no para juzgarte sino para comprenderte. Sabía que ibas a ser respetado, comprendido. Dios preparó a Enrique Ángel Angelelli Carletti para una cosa grande, porque para ser plenamente un buen cristiano –no digamos sacerdote ni obispo– hace falta ser cabalmente humano. Y él lo fue: en toda la integridad de ese concepto. Esa capacidad de comprensión, de entrega, de servicio. Fue por eso que pudo ser un extraordinario sacerdote. No por nada lo eligieron asesor de la JOC. Ya en sus estudios en Roma lo tenía en

su mente: he recuperado una foto donde está con el canónigo Cardjin, el fundador de la JOC, en la década del 40 cuando él se estaba formando allá.

Rescaté un libro suyo, me lo apropié, uno de los primeros que salieron con algunos escritos del padre Charles de Foucault, fundador de los Hermanitos del Evangelio. Le puso su firma, no todos sus libros la tenían. Me gustó repasar sus páginas para ver lo que subrayaba. Escritos originales, en francés. Dios lo preparó y él respondió plenamente. Fue plenamente sacerdote, amaba a sus sacerdotes. Su manera de ser cristiano fue esa: sacerdotal, y después la plenitud del sacerdocio que es el episcopado. Tenía un corazón de pastor.

Releyendo sus volúmenes, hay cuatro donde han sido publicadas sus homilías, constantemente se ve su amor por el pueblo de La Rioja: ¡cómo sentía que ese era su rebaño! Los periodos anteriores habían sido vividos con intensidad en su Córdoba querida, pero a partir de que llegó a La Rioja dijo: ‘Les ha llegado un riojano más’. Lo pinta de cuerpo entero esa homilía, ya asume a La Rioja en todo su ser, en toda su historia. Habla de sus caudillos, sus intelectuales, de su pueblo, de su tierra y de sus paisajes. Fue una proclama, una carta de presentación, de compromiso, a la cual él alude frecuentemente y se ve su respeto por esa cultura. Él no venía como un ‘mesías salvador’ a rescatar al pueblo no sé de qué, sino a ser justamente uno más, desde la raíz más profunda de ser riojano. Él iba a aprender, a identificarse con ese pueblo al cual quería llevarle el Evangelio. De ahí la importancia de ese lema que es todo un programa pastoral: ‘Un oído en el pueblo y un oído en el Evangelio’. Una gran pedagoga decía que para enseñarle latín a Juan había que conocer muy bien a Juan. No sé si Angelelli conoció ese aforismo, pero realmente lo vivió.

Fue un privilegio poder acompañarlo en la diócesis. Siete congregaciones religiosas femeninas fueron. Fueron siete seminaristas con sus estudios casi completos o completos. En todos los llanos había presencia franciscana, pero había una parroquia con un venerable cura de casi 90 años que había venido de Alemania y había pasado toda su vida allí, al cual Angelelli honró trayéndole de Roma un título de monseñor como diciéndole: ‘Valoramos toda tu trayectoria, todo tu servicio al pueblo humilde de los llanos. Vas a estar rodeado de curas jóvenes que vienen con otras ideas, con el Concilio en la mente y en el corazón, pero van a trabajar todos por la Iglesia’. Carlitos Murias fue ahí como cabeza de puente. Había capuchinos en Chepes, en Milagro, en Olta, donde estaba el cura este y Carlitos Murias en Chamental y con eso cubrían todas las parroquias de los llanos. Empezaba a ser casi como una prelatura. O sea que estaba encomendada a la orden franciscana, o capuchinos, o conventuales, o lo que fuera. De manera que también aseguraba, en la parte más pobre, una congregación franciscana para

la asistencia personal de las comunidades y así los demás del clero podíamos de una manera más completa dedicarnos al resto del decanato.

Todos somos un milagro de la misericordia de Dios, pero en algunas personas se manifiesta más. Estoy agradecido de haberlo conocido y haberme tocado llevar este testimonio ante distintas lenguas y continentes, como sobreviviente de aquella época: este regalo de Dios a la Iglesia que fue el obispo Enrique. Muchas gracias”.